

El fin del mercado libre: Cómo la tecnología y la geopolítica están devorando al capitalismo tradicional

Durante más de dos siglos, el relato oficial de la economía global ha sido predecible: el capitalismo, basado en la propiedad privada, la libre competencia y la ley de la oferta y la demanda, eran el motor indiscutible del progreso. Sin embargo, si levantamos el capó del sistema económico actual, descubrimos que algunas piezas del motor tradicional ya están siendo sustituidas por algo distinto.

Lo que sigue combina dos cosas de naturaleza muy diferente, y conviene separarlas desde el principio: por un lado, **tendencias que ya son observables hoy** (aranceles, subsidios industriales, plataformas digitales con poder cuasi-estatal); por otro, **un escenario especulativo a 25 años vista**, que no es una predicción sino un ejercicio de extrapolación — útil para pensar, pero sujeto a que la política, las crisis o la resistencia social lo desvíen por completo.

La paradoja de la imitación: el giro nacionalista y corporativo

Esto sí lo podemos observar hoy. En los últimos años, el auge del capitalismo nacionalista encabezado por políticas como el "*America First*" de Donald Trump ha roto una de las reglas de la globalización clásica: la búsqueda del coste más bajo a cualquier precio. Al imponer aranceles y forzar la relocalización de fábricas por motivos de seguridad nacional, Occidente ha empezado a jugar con cartas parecidas a las de su mayor rival geopolítico.

Existe una ironía real en este cambio de rumbo. Durante décadas se esperó que la apertura económica integrara a China en el capitalismo liberal. En su lugar, para competir con Pekín, buena parte de las potencias occidentales ha adoptado una dosis creciente de **capitalismo de Estado**: subsidios directos a semiconductores, coche eléctrico o baterías, y una intervención pública en la elección de sectores estratégicos que hace veinte años se consideraba impensable en Washington o Bruselas.

Esta fusión entre poder político y grandes fortunas tecnológicas alimenta también un debate legítimo sobre concentración de poder económico — algunos politólogos usan el término "oligarquía abierta" para describirlo. Es una hipótesis con apoyo empírico creciente (la distancia entre la riqueza del 0,1% superior y el resto ha aumentado en las últimas décadas en la mayoría de economías avanzadas), aunque conviene tratarla como una tendencia en marcha, no como un hecho consumado.

El horizonte especulativo: un planeta, dos bloques tecnopolíticos

A partir de aquí entramos en terreno de proyección, no de diagnóstico. Si estas tendencias se acentuaran durante 25 años sin que ningún actor las frenara —una condición nada trivial—, el paisaje económico del 2051 podría no dividirse ya por ideologías políticas tradicionales, sino por el control de la infraestructura digital: un posible **duopolio tecnopolítico**, con dos interpretaciones opuestas de la tecnología.

- **Bloque occidental — "feudalismo digital" (hipótesis):** el poder real podría desplazarse de los parlamentos hacia un puñado de corporaciones que no solo vendan productos, sino que gestionen servicios públicos esenciales, ciberseguridad nacional y emitan sus propios activos digitales. El Estado, en este escenario, se convertiría en cliente dependiente de los grandes actores tecnológicos.
- **Bloque oriental — "ciber-capitalismo de Estado" (hipótesis):** bajo un modelo como el chino, el Estado podría absorber cada vez más el tejido tecnológico, usando IA predictiva para planificar sectores enteros de la economía y sistemas de crédito social para reforzar el control ciudadano. Es importante matizar: China ya practica hoy capitalismo de Estado dirigido, pero "eliminar el mercado" por completo es una extrapolación fuerte que no se sostiene con la evidencia actual — el propio Partido Comunista sigue dependiendo del sector privado para el grueso del empleo y la innovación.

Si este escenario se cumpliera, ambos bloques podrían volverse digital y logísticamente incompatibles, y parte de la riqueza global se mediría cada vez más en capacidad de procesamiento de datos y control de infraestructura satelital, además de en los indicadores tradicionales.

Tres posibles disrupciones estructurales

Esta transición hacia mitad de siglo —de cumplirse el escenario anterior— podría venir acompañada de tres cambios que alterarían nuestra relación con el dinero y la vida cotidiana. Aquí también conviene distinguir el fenómeno (probable) de su consecuencia concreta (incierta).

1. Presión sobre el trabajo asalariado tradicional

El capitalismo ha funcionado mediante un bucle sencillo: el trabajador vende su tiempo a cambio de un salario, y con ese salario compra lo que producen las empresas. La automatización cognitiva y robótica puede tensionar gravemente este ciclo al desplazar mano de obra humana a gran escala. Una salida propuesta es una **Renta Básica Universal (RBU)** financiada con impuestos a los sistemas autónomos — pero, a diferencia de lo que a veces se asume, la RBU no es una consecuencia automática del sistema: es el resultado de una disputa distributiva concreta, que puede ganarse o perderse.

¿Quién tendría interés real en impulsarla? Por un lado, las propias grandes plataformas tecnológicas: si la automatización erosiona la capacidad de consumo de la población, sus mercados se contraen, así que sostener la demanda vía RBU les conviene (es el argumento que ya han defendido públicamente figuras como Sam Altman o Elon Musk). Por otro, los gobiernos, por pura estabilidad política: gestionar un desempleo tecnológico masivo sin red de seguridad es más costoso, en términos de conflicto social, que financiar una renta básica. El actor con menos incentivo —y con más poder de veto— es el capital que ya captura las rentas de la automatización sin asumir el coste de sus externalidades sociales: financiar la RBU exige redistribuir precisamente desde ahí. Por eso el resultado no está garantizado; es tan plausible un escenario con RBU como uno de desempleo estructural sin red de seguridad, si esa disputa distributiva se pierde.

2. Una economía con más restricciones de carbono

El crecimiento indefinido choca cada vez más con límites biofísicos reales. Es razonable esperar que el mercado futuro esté más condicionado por cuotas de emisiones, y que parte del consumo se desplace de la propiedad hacia **modelos de suscripción** (coches, electrodomésticos, tecnología), en los que las empresas quedarían obligadas a mantener y reciclar el hardware. Esto ya ocurre de forma incipiente; su generalización total es la parte especulativa.

3. Menos privacidad, más vigilancia algorítmica

La privacidad ya está erosionada en términos prácticos, y es razonable esperar que la tendencia continúe: en Occidente, algoritmos privados que evalúan datos biométricos y de comportamiento para fijar precios de seguros o acceso al crédito; en sistemas más centralizados, el Estado usando esa misma información para anticipar disidencia. Es un riesgo real y documentable hoy, aunque su alcance futuro exacto —"vigilancia total"— es la parte que conviene tratar con cautela, no como certeza.

La resistencia local: el papel de Europa y las regiones industriales

Ante este posible choque de bloques, ¿qué papel le queda a Europa y a gobiernos regionales avanzados como el **Gobierno Vasco**?

Europa intentará posicionarse como una **"tercera vía" regulatoria y humanista**: liderar en normativas éticas, biotecnología y derechos digitales, protegiendo la propiedad del ciudadano sobre su identidad digital. Pero aquí hay que ser más autocríticos de lo que suele hacerse: esta apuesta tiene un coste. El propio dilema europeo —regular más mientras se innova menos— es el argumento central que usan quienes creen que Europa perderá definitivamente la carrera tecnológica frente a EE. UU. y China. No es un matiz menor: es posiblemente el punto más importante a resolver, y el texto original lo mencionaba de pasada sin desarrollarlo.

Dentro de ese marco, regiones con alto autogobierno económico —como el País Vasco— podrían encontrar un espacio de supervivencia mediante hiperespecialización y resiliencia local:

- **Nodos de confianza (*friend-shoring*):** en cadenas de suministro más fragmentadas, las multinacionales occidentales buscarán proveedores en territorios con seguridad jurídica y estabilidad política. Regiones con tejido industrial avanzado pueden convertirse en proveedoras críticas de robótica de precisión, sensórica, microelectrónica e hidrógeno verde.
- **Escudos de cohesión social:** con herramientas fiscales propias (como el Concierto Económico vasco), estas administraciones intermedias tienen más margen para ensayar políticas de renta frente al desempleo tecnológico y para crear infraestructuras de datos públicas que den a las pymes locales alguna opción frente a los grandes actores tecnológicos globales.

Conclusión

El capitalismo probablemente no va a desaparecer, pero el libre mercado tal y como lo describían los libros de texto del siglo XX sí está cambiando de forma sustancial. Nos movemos hacia una economía más gestionada, con más restricciones de recursos y más vigilancia algorítmica — pero nada de esto está escrito de antemano. La gran disputa de los próximos 25 años no será solo tecnológica ni geopolítica: será, sobre todo, política y distributiva — quién paga, quién decide y a quién beneficia el nuevo capitalismo tecnológico. De esa disputa, no de ninguna ley económica inevitable, dependerá que las instituciones sigan protegiendo la dignidad, la libertad y el bienestar humano frente al control absoluto del Estado o de las corporaciones.

JAVIER BATARRITA GAZTELU